

Simplemente yo

Karina Hernández

Alma Karina Hernández Suárez



Simplemente yo

Capítulo 1

"Florecer.

Créeme, nunca es el fin. Se irá, lo olvidarás y el día menos pensado dejará de doler. Aprenderás la lección y volverás a ti; a tus sueños, a tu ternura y a tus ganas de amar. Regresará la felicidad a tu vida y las heridas saldrán de tu corazón; y volverás más fuerte que nunca, porque las personas como tú, jamás dejan de florecer."

J. Wallen.

Punto Muerto
EL PAÍS DE LO QUE NUNCA SERÁ

Capítulo 1 **Día Cero**

Él había sido el amor de mi vida. Yo le había dado todo lo que era, mis días buenos, mis besos, mi tiempo, mi cuerpo, y ahora aquello se resumía a nada, a un punto muerto.

Grité su nombre maldiciéndolo, no podía creer que eso estuviera pasándome, jamás había creído que nuestro maravilloso y mágico cuento de hadas se terminaría tan abruptamente antes de llegar al felices para siempre. Mi mundo se encontraba destrozado en mil pedazos por el suelo de la sala, mi corazón comenzó a sangrar como si una bala lo hubiera perforado, el disparo había sido directo y a muerte, el cual duró exactamente diez minutos de una fatídica llamada telefónica.

Todavía resonaban en mi cabeza las palabras que él había dicho para terminar nuestra relación. En su voz no percibí dudas ni remordimiento, había recitado su discurso de una manera tan trágicamente perfecta, que no me dio tiempo para reaccionar, sólo sentí como lentamente me quebraba con lo que decía. Cuando quise intervenir, él me paró tajantemente y prosiguió con su guion de historia dramática, digno de un ganador de un Óscar.

No me cabía duda de que esa situación no tenía nada de improvisado, sino que se había tomado el tiempo necesario para determinar su decisión. Así

siempre era él, tan frío y calculador, tan analítico hasta el último detalle. En medio de alguna frase que yo estaba diciendo, simplemente se despidió y sin importarle lo más mínimo cómo me sentía, me colgó. Como una loca desquiciada le había marcado de nuevo, y en cuanto me contestara estaba dispuesta a rogarle, a humillarme con tal de que recapacitara y nos diéramos otra oportunidad, sin embargo no contestó ninguna de mis llamadas esa noche. En medio de una profunda oscuridad, me quedé llorando en la sala, sentada en el suelo. Aquellos diez minutos habían sido demasiado dolorosos, como si me hubieran desgarrado por dentro.

Grité y grité por la herida, no sólo mi corazón agonizaba, sino que mi propia existencia se desvanecía, como una vela en la que su luz va apagándose poco a poco hasta que se extingue por completo, así se encontraba mi vida, acabándose en ese momento, con la esperanza de que un milagro apareciera en el último minuto para salvarme de mi inevitable muerte. Que nos salvara a los dos, que acabara con aquella insoportable pesadilla para volver a las páginas de nuestro hermoso cuento, en el que reinaba la felicidad y el amor. En dónde existiera una vida juntos hasta la muerte.

A pesar de mi esfuerzo, de mi persistencia, él no había regresado las llamadas, ni los mensajes. Entrada la madrugada aventé con desesperación el celular, con mis manos tapé mi rostro y con las rodillas pegadas a mi pecho seguí llorando, murmurando una y otra vez que no era cierto lo que estaba pasando.

Me mentí para no romperme por completo, me dije a mí misma que se trataba de una simple equivocación, y que en cualquier instante sonaría mi celular para que él me dijera que me amaba, y entonces mi dolor se detendría, y le perdonaría todo, hasta de provocar mi casi muerte.

Capítulo 2

Capítulo 2

Día 1 sin ti

El sábado siguiente me desperté de madrugada. Abrí los ojos que estaban todavía inflamados por tanto llorar. La luz me lastimó como si fuera un cuchillo cortándome en pedazos. Por mi ventana pude escuchar el sonido alegre de la gente. Me molestó ese ruido, ¿cómo podían estar tan felices allá afuera mientras yo sentía que me quebraba poco a poco?

Me tapé el rostro irritada, no quería levantarme, la vida en ese momento me era indiferente. ¿Cómo se suponía que tenía que continuar si él ya no estaba a mi lado? Él que había sido por mucho tiempo mi mundo, mi aire, mi sol, en pocas palabras mi todo.

Él que se había marchado así sin más, como si el tiempo que estuvimos juntos no valiera nada, como si yo fuera un simple juguete al que puedes arrumbar en cuanto te aburres.

En aquel momento no sabía en dónde estaba, qué estaba haciendo, o si acaso pensaba en mí. Quizás se encontraba lamentándose por haber terminado conmigo. A lo mejor ya se había dado cuenta del gran error que cometió al dejarme.

Luego de mucho pensarlo, decidí quedarme en cama en espera de su llamada, en la que me dijera que me extrañaba, que era el amor de su vida y que quería volver conmigo. Y entonces seguiríamos como siempre, como aquel cuento de hadas que habíamos creado por mucho tiempo.

Capítulo 3

Capítulo 3

Día 2 sin ti

Domingo, el fin de semana estaba terminando para mi desgracia. Yo seguía encerrada en mi casa luego de aquel trágico viernes que acabó con mi vida como la conocía. Vestida y con apariencia de toda una pordiosera, fui hasta la cocina, abrí el congelador y saqué el bote de la nieve, tomé la cuchara más grande que tenía y me dirigí a mi habitación para seguir viendo las películas románticas que siempre había amado, y que en ese momento empezaba a odiar.

- ¡No es cierto, no le creas! - grité a la pantalla cuando el protagonista masculino le dijo a la chica que la amaba.

Con cada escena tontamente romántica hacía gestos de molestia. No podía creer que todas las protagonistas mujeres cayeran siempre ante las palabras de los hombres. Me irritaba que cada una de esas películas terminaran tan felizmente, cuando en la vida real eso no era cierto. El amor para siempre no existía, era una frase tonta que nos vendían como historia barata en los cuentos de hadas que yo adoré por completo.

No sólo había dejado de creer en el amor, sino también en los hombres. Pensé que todos eran iguales y me prometí no volver a enamorarme jamás. Mi celular sonó como por quinta vez y nuevamente lo ignoré.

Mi familia y amigos se habían enterado de lo que sucedió y me buscaban para saber cómo estaba. Los ignoraba porque sabían que ellos eran una bola de chismosos, muchos solamente querían saber la historia completa recitada de mi boca. Desde un día antes me refugié en mi casa, viviendo con mi propia soledad, y fingiendo que por ahí no existían dos mascotas a las que atender.

Mi madre y mi hermano menor fueron a la casa para supuestamente apoyarme, pero únicamente recibí regaños y ordenes por el estado en que estaba, pues a mi madre no le parecía que sólo me estuviera alimentando de papas fritas, nieve y alcohol. Ella trató de convencerme para que me diera un baño y me cambiara la ropa que llevaba desde el viernes, obviamente no le hice caso y me encerré en mi habitación con seguro para que no pudieran entrar.

Cuando se retiraron de la casa luego del éxito no obtenido, corrí a cerrar todas las puertas con llave y seguro para que no volvieran. En seguida de

aprisionarme, abrí una nueva botella de vino tinto, y sin tomar una copa de vidrio, comencé a beberla directamente del envase. La verdad es que me encontraba profundamente perdida. Sabía que tenía que parar, que me hacía daño, aun así seguí destruyéndome, al final de cuentas creía que ya todo estaba perdido.

En medio de la madrugada recordé que el día siguiente era lunes y por lo tanto tenía que ir a trabajar. Medité por unos minutos si me presentaría a la oficina y al final decidí no acudir. Me encontraba tan mal que no me importaba perder mi empleo, el cual me había costado demasiado conseguir.

Totalmente ebria quedé noqueada en la sala después de unas cuantas visitas al baño para vomitar. Si me hubieran podido ver, mirarían a una chica que daba lástima, toda sucia con manchas de vino tinto, nieve, salsa picante y vomito en la ropa y rostro. En ese instante no era ni una pequeña sombra de lo que había sido en aquellos ayeres cuando todo era perfecto.

Capítulo 4

Capítulo 4

Día 3 sin ti

Mi alarma sonó a las seis y media de la mañana en algún lugar de la casa. Por instinto la había escuchado y luego de reconocerla, me di vuelta en el sillón en el que me quedé dormida. Como el sonido no paraba, me desesperé e irritada emprendí la búsqueda del aparato, la cual me llevó bastante tiempo.

Maldije para mí misma, se me había espantado el sueño y tardaría en volver a conciliarlo. Me dirigí a la cocina para tomar otra botella de vino tinto, sin embargo, ya no había en existencias. Suspiré y fui hasta la nevera que también estaba vacía, al poco tiempo corroboré que no quedaba nada de comida en las alacenas ni en el refrigerador. Recordé que el sábado no había ido de compras y se acabó todo lo que tenía.

La alarma volvió a sonar a las siete de la mañana para hacerme entender que se me estaba haciendo tarde para ir al trabajo.

- ¡Ya entendí! ¡Ya entendí! - le grité al celular furiosa.

Aunque no quería me obligué a bañarme y arreglarme para ir a la oficina. No era mi sentido de responsabilidad la que me empujaba a hacer aquello, sino que había comprendido de que si faltaba me despedirían, y si eso ocurría me quedaría sin dinero, y obviamente no regalaban el vino y la nieve en las tiendas.

Cuando salí de la casa, recé porque el maquillaje que me había puesto fuera suficiente para disimular las ojeras por tanto llorar, y que el olor a borracha no se desprendiera de mis poros, lo menos que quería era que me voltearan a ver como la loca y ebria en la que me estaba convirtiendo.

Agradecí a mis maravillosas clases de teatro de la preparatoria, porque pude actuar como si nada estuviera pasado. Claramente se me notaba cansada, pero con el pretexto de que tenía un horrible dolor de cabeza, el cual era cierto, pude sobrevivir sin sospechas, aunque los conocedores lo llamarían a mi malestar por su nombre real: resaca.

Se me hizo eterna la jornada laboral. Cuando dieron las cuatro de la tarde, salí corriendo rumbo a mi hogar. En el camino me desvié un poco para comprar más vino y helado. Llegué a la casa, aventé las zapatillas y

me aplasté en el sofá. Mientras daba un trago al vino y una cucharada al helado escuché unos ruidos, volteé a todos lados y enfrente de mí encontré a dos intrusos que me interrumpían en mi camino a la autodestrucción.

Mi perro y mi gato estaban ahí sentados, mirándome tristemente. Enarqué la ceja. ¿Qué era lo que querían? ¿por qué no podían dejarme en paz? Entonces recordé que no les había dado de comer desde el viernes. Molesta me levanté del sofá y fui hacia mi habitación para que no me dieran lata. Quería seguir en mi caída en el abismo sin mirar alrededor, para no darme cuenta de que en ese proceso no sólo me hundía yo sola, sino que también estaba llevándome a otros.

Capítulo 5

Capítulo 5

Día 4 sin ti

Un horrible sol me despertó, puesto que descubrí que me estaba quemando el rostro. Me moví un poco incómoda y luego abrí los ojos, vi el sol directo y me tapé la cara. No entendía nada, me sentía pegosteosa. Me levanté y extrañada observé a mi alrededor, observé que me encontraba a la mitad del patio, al parecer había pasado la noche dormida sobre el césped. Un dolor punzante acaparó la cabeza, no podía pensar claramente, la cruda me jugaba una mala pasada. Revisé mi ropa y el vómito me hizo recordar la borrachera que tuve.

Fui hacia el baño para darme una ducha, no soportaba más oler de esa manera. A la pasada vi el reloj de pared de mi habitación, el cual me anunciaba las doce del mediodía, entonces mi mente se aclaró y volví a ver la hora asustada. Cuando verifiqué que las manecillas del reloj no me mentían me puse como loca, por andar de borracha me había quedado dormida y por ende había faltado al trabajo. Como pude tomé el celular y marqué a mi jefe, mientras timbraba conformaba mentalmente la excusa que daría por no haberme presentado a la oficina.

No tuve ningún problema engañando a mi jefe, como siempre he sido buena trabajadora, se creyó la mentira de que me encontraba bastante engripada y que el medicamento me había dejado noqueada, lo suficiente como para no poder avisarle de mi estado de salud. No podía creer lo buena actriz que fui, pues no sólo justifiqué mi falta del día, sino que también conseguí no presentarme lo que restaba de la semana para que me recuperara por completo.

Al colgar mi consciencia me reclamó lo que había hecho, puesto que mentí para seguir en la miseria en la que me hallaba, porque desgraciadamente sabía con claridad que mientras estuviera en casa, con menos razón saldría de la depresión en la que vivía, permanecer encerrada me hundiría más de lo que ya estaba.

Desafortunadamente mi parte racional fue acallada de inmediato y volví a la rutina que me había creado, tomar vino y comer helado sin importar nada ni nadie. En plena borrachera aventé todo lo que me encontré a mi paso en la casa, la negación se había terminado, ahora llegaba la etapa de la furia que en ese momento me dominaba por completo.

Sin saber cómo, caí a mitad de la biblioteca y como no pude levantarme, debido a que ya no podía controlar mi cuerpo por el estado de ebriedad en el que me encontraba, desistí de dicha encomienda y me quedé profundamente dormida.

Capítulo 6

Capítulo 6

Día 7 sin ti

Desperté nuevamente en otro lugar excepto en el que debía de estar. Esta vez la cochera fue en dónde caí dormida por el alcohol. No podía levantarme, me sentía fatal. Todo se movía a mi paso, la cabeza estaba a punto de reventar, el estómago se encontraba duro. No pude dar ni dos pasos cuando fui a estamparme en la puerta de la entrada. Sentí caliente la frente, revisé con la mano el daño causado, y me di cuenta de que me había descalabrado.

Traté de levantarme, pero no tuve éxito. Con el paso de los segundos comencé a percibir como si mi alrededor estuviera borroso. Pensé que moriría en ese momento, y al estar al punto de desmayarme, una sombra se abalanzó sobre mí, y ya no supe nada.

Reaccioné ya entrada la noche. Aún me sentía un poco mareada. Traté de levantarme, no obstante, una mano me lo impidió. Volteé hacia mi lado derecho y pude ver a mi mejor amiga viéndome furiosamente.

- No te levantes – me ordenó Eloina - Debes descansar.

Como yo no tenía muchas fuerzas, le hice caso y volví a acomodarme en la cama.

- Debes parar - decía mi amiga suspirando - No puedes seguir así o un día acabarás muerta.

Aquellas palabras resonaron en mi cabeza. Ella tenía razón. Había llegado el momento de detener mi auto sabotaje, porque lo que sucedió en la mañana únicamente era una parte de lo que podría pasarme después si no me detenía. En esos minutos me encontraba consciente de que pasarían cosas peores, mucho peores.

Cuando me sentí con un poco de fuerza, me senté en la cama con la ayuda de mi amiga. Eloina salió un instante con rumbo a la cocina para prepararme algo de comer. Revisé mi celular, la pantalla estaba inundada de notificaciones, tanto de llamadas perdidas, como de mensajes, que provenían de mis seres queridos, quienes se encontraban muy preocupados por mí.

Un mensaje de voz de mi madre me hizo llorar, puesto que con desesperación y en medio de un gran llanto, me pedía que me comunicara con ella. Las lágrimas rodaron por mi rostro. ¿Qué es lo que hacía? Por días me había estado suicidando lentamente, ya que había perdido las ganas de vivir y por eso actuaba de esa manera.

Una punzada en la cabeza me recordó mi accidente. Llevé mi mano a la frente, una venda tapaba la herida, supuse que Eloina me había curado, y de alguna manera, me llevó con muchas dificultades a mi habitación. De repente me sentí terrible, adiviné que el medicamento que me dio mi salvadora dejaba de surtir efecto.

Eloina entró a la habitación con una charola en las manos. Al ver mi aspecto supo que era momento de más analgésico. Tomó un frasco de la mesa de noche que se encontraba junto a la cama, y sacó del contenedor unas pastillas que me entregó con un vaso de agua, luego acercó la comida. El olor ocasionó que mi estómago se revolviere y salí corriendo al baño a vomitar. Mi amiga pacientemente me ayudó a realizar tan deplorable acción en el excusado sin ensuciarme, después me acompañó de vuelta a la cama.

Me acomodó en el colchón, esperando a que mi estómago se acomodara, y en seguida me ofreció una gelatina. Aunque no tenía hambre traté de comérmela, sin embargo, como mi estómago había pasado varios días sin alimento de verdad, al sentir la consistencia de la gelatina en la garganta, las ganas de vomitar regresaron y otra vez corrí al baño.

Mi enfermera particular se rindió y sólo me ofreció un suero líquido, para que por lo menos no me deshidratara. Su mirada severa de médico me obligó a tomármelo poco a poco. Con el paso de los minutos el suero iba cayendo bien en mi cuerpo, sintiéndolo como una bendición.

- Voy a quedarme contigo esta noche - comentó Eloina recogiendo las cosas en la charola.
- Pero mañana tienes que ir a trabajar - respondí con dificultad, ya que me dolía la garganta por tanto vomitar.
- Hasta el domingo tengo guardia, así que pienso pasar el día de mañana contigo.
- ¿Mañana? - pregunté confundida - ¿Qué no se supone que te toca ir al hospital el jueves?

Eloina suspiró hondo y meneó la cabeza. Comprobó que me encontraba peor de lo que pensaba.

- Hoy es viernes - dijo por fin después de un gran suspiro.

Abrí mucho los ojos asombrada. Traté de recordar lo que había hecho los dos últimos días, no obstante, no tenía ni un recuerdo del miércoles y del

jueves, lo más probable es que hubiera pasado esos días completamente ebria.

- Por cierto - prosiguió mi amiga - Einstein y Salem no tienen la culpa de lo que te está pasando. Quiero que les pongas atención, casi encuentro tres cadáveres aquí.

Ante el regaño solamente pude mover la cabeza afirmativamente. En seguida de dejar los trastes en la cocina, regresó a la habitación, y las dos nos acomodamos en la cama para dormir.

Capítulo 7

Capítulo 7

Día 9 sin ti

La mañana del domingo me encontró despierta, puesto que no había podido dormir. Todavía me sentía horrible y cada vez estaba peor, quizás era porque el alcohol desaparecía de mi organismo. Desde el día anterior decidí no volver a beber, aunque sea por un tiempo, hasta cuando pudiera tomar con calma, y no como una forma de evadirme ante el dolor que sentía en mi corazón.

Durante el sábado me la pasé con Eloina arreglando mi casa, que se encontraba como si un huracán hubiera azotado en aquel lugar, aunque de alguna manera eso había sucedido, únicamente que esta catástrofe natural llevaba nombre y apellido, y sobre todo que era un hombre de carne y hueso.

Ahora que ya no corría el alcohol por mis venas, vivía la cruel realidad. Sentía que la situación era más dolorosa, y a pesar de los ya varios días que habían pasado separándome de esa trágica noche, no creía que estuviera mejorando, sino que empeoraba.

- A veces para sanar hay que caer al abismo.

Esas palabras las había dicho mi mejor amiga antes de irse, y quizás tuviera razón. Me senté en la sala y el profundo silencio que rondaba por todas partes me daba miedo. Suspiré y traté de respirar profundamente para calmar la ansiedad. Aquel hombre no sólo me destruyó, sino también al lugar sagrado que creé como mi refugio. Sentía que mi casa había dejado de ser mi hogar, por todos esos momentos felices que pasé con él, y que me atormentaban en cada rincón. Tal vez físicamente él jamás volvería a estar ahí, sin embargo, su fantasma estaba condenado a vivir en ese espacio para toda la eternidad, maldiciendo mi sitio favorito en el mundo.

Entonces lo entendí, no podía estar ahí por mucho tiempo, tenía que buscar una nueva forma de vivir. Eloina me propuso que hiciera una de las tantas cosas que me gustaban, viajar. Al principio lo había tomado de una buena manera hasta que ella comentó que debía de hacerlo sola, que necesitaba irme de ahí para poder encontrarme a mí misma, que en cuanto aprendiera a aceptarme, entonces mejoraría.

Claro que me rehusé a viajar sin acompañante, nunca había salido a otra parte sola, el simple hecho de pensarlo hacía que el miedo se apoderara de mí, no obstante, en la tarde del domingo acepté en intentarlo. Eloina tenía razón, debía encontrar a la yo del pasado, y en ese trayecto era necesario hacerlo por mí misma, sin nadie más.

Capítulo 8

Punto de encuentro

COLIMA

Capítulo 8

Día 29 sin ti

El splinter que me llevaba lejos de mi ciudad era reconfortante. Cerré un poco los ojos, estaba algo nerviosa porque aquella era la primera vez que salía del estado sola, aun así, entendía que si iba a emprender un viaje para encontrarme a mí misma tenía que ser de esa manera.

Dormité un rato en el trayecto el cual no sería muy largo, ya que elegí, como primer destino la ciudad de Colima, ubicada a unos ciento noventa y siete kilómetros aproximadamente de distancia. Tenía un nudo en el estómago, nunca había sido de las personas que se aventuraran a lo desconocido sin planearlo meticulosamente, puesto que siempre debía de tener todo fríamente calculado.

Maldije para mí misma, aquello era una de las tantas cosas que la sombra de mi pasado me había dejado. Mi expareja siempre prevenía hasta el más insignificante detalle, nada podía escaparse, y para mi desgracia sucedía de acuerdo con su plan.

En el tiempo en que fuimos novios, me enseñó muchas cosas, y lo peor es que había sido un excelente maestro porque todas sus manías las aprendí de memoria.

El recorrido hacia mi destino terminó aproximadamente a las doce del día. Me bajé del splinter, tomé mi maleta y caminé rumbo al hotel que se localizaba a una cuadra del centro histórico.

Ingresé en el hotel, debido a que llegaba antes del horario de entrada, me guardaron mi equipaje en lo que se hacía la hora para asignarme la habitación. Con los lentes de sol puestos, me dirigí a dar un paseo por las calles de la ciudad. En mi recorrido aproveché para localizar algunos lugares en los que podría tomar alimentos en los tres días que duraría mi

estancia.

Mientras caminaba por la plaza principal, mi mente se encontraba algo nublada, todavía no podía sacarme de la cabeza al hombre que hacía que agonizara. Él era la razón por la que yo estaba tratando de alejarme de mi ciudad natal, ya que intentaba juntar las piezas de mi corazón que este había esparcido luego de su partida.

Intenté respirar hondo, después de aquel fatídico día en que me llamó para terminar conmigo, no podía respirar bien, pues sentía todo el tiempo que algo me oprimía los pulmones, impidiendo la respiración. No sólo esos órganos fueron los afectados con su despedida, sino que mi corazón se llevó la peor parte, ya que contenía una herida profunda que no dejaba de sangrar.

Me regañé a mí misma, se suponía que el viaje que realizaba era precisamente para olvidarme de él, y justamente pasaba lo contrario. Por andar en las nubes sin querer tropecé con alguien. Sacudí la cabeza y volteé hacia la persona que había golpeado por error.

Un muchacho de aproximadamente treinta y cinco años, de tez morena-clara me miró molesto, por lo que me disculpé. Ante mi comentario, únicamente me contestó de que no había problema.

Seguí mi camino sin realmente apreciar el lugar que pisaba. Maldije otra vez, no entendía por qué me había entercado en realizar aquel viaje, creía en mis locos pensamientos de que en ese preciso momento debía estar a más o menos cuatrocientos ochenta y dos kilómetros, exactamente en la Ciudad de México, tratando de arreglar mi relación amorosa.

Me culpé por no estar haciendo lo posible por recuperarlo. No obstante, la otra parte de mi cerebro me decía que ya lo había hecho, que todo lo que yo intentara hacer sería inútil, porque era él quien no quería estar conmigo. Mi raciocinio me pedía que lo entendiera de una vez por todas, que por más que insistiera o rogara no lo haría cambiar de opinión, lo único que lograría sería tirar al suelo la poca dignidad que me quedaba.

No pude evitar dejar escapar un par de lágrimas, me seguía doliendo el final que tuvimos luego de todo lo que planeamos. Aquellas palabras de matrimonio, familia y morir juntos de viejos ya no tenían sentido. En ese momento había caído a un vacío sin final, y todavía no lograba comprender qué es lo que había pasado entre los dos, como era posible que aquel amor que él me prometió desapareció de la noche a la mañana.

Regresé al hotel para que me dieran mi habitación y me dispuse a llorar sobre la cama. No tenía ganas de salir, me encerraría en ese cuarto

miserable hasta que llegara el día de regresar a casa.

A las tres de la tarde una extraña sensación me obligó a levantarme de la cama. Una voz que provenía de mi interior me decía que hacer eso era una pérdida de tiempo y sobre todo de dinero, así que después de mirar en el espejo el desastre que era, traté de mejorar mi aspecto, a pesar de ello al poco rato me rendí, y salí a la luz del sol.

Mientras me alejaba del hotel, recordé que no tenía nada en el estómago desde la mañana, no obstante, no tenía hambre, pero sabía que debía de comer algo o moriría de inanición. A pesar de los varios minutos vagabundeando en busca de un lugar para comer, nada se me antojó, al contrario, oler la comida me daba náuseas, así que desistí de ese objetivo. Con la finalidad de mejorar mi viaje, decidí tomar un taxi que me llevó al pueblo mágico de Comala en donde planeaba pasar el resto del día.

En el trayecto el taxista no paraba de mirarme de reojo por el espejo retrovisor, quizás estaba viendo al fantasma que tenía por pasajera.

- ¿Le ha gustado hasta el momento su estancia aquí? - preguntó de repente el chófer.

- Acabo de llegar - respondí fría y secamente, no me apetecía entablar una plática.

Él lo entendió y no volvió a dirigirme la palabra en lo que duró el viaje. Al llegar bajé del auto y empecé a caminar sin rumbo, seguía sin poner atención a lo maravilloso del pueblo. Tristemente en esa época yo era como un muerto viviente, nada me hacía regresar a la vida. Sabía perfectamente que sólo una persona podría lograrlo, desgraciadamente era la misma que me había llevado a la muerte.

Nuevamente por no poner atención por donde caminaba, choqué con otra persona, me disculpé con ella y sin esperar respuesta continué caminando. En seguida de unos cuantos pasos, sentí que alguien caminaba cerca de mí, al revisar discretamente me encontré con que un chico de tez morena-clara iba a mi lado tratando de seguir mi paso. Enarqué las cejas confundida, entonces el intruso se dio cuenta de que me había percatado de su presencia y saludó.

- ¡Hola! - dijo mi perseguidor amablemente un poco sonrojado.

- ¡Hola! - respondí molesta.

- ¿Estás bien? - me preguntó observándome.

- Sí, lo estoy - contesté algo irritada.

- Pues déjame decirte que tu rostro refleja todo lo contrario - comentó con un tono burlón.

Suspiré hondo, ¿quién se creía él para decirme eso? ¿Incluso hasta para

dirigirme la palabra?

- Creo que eso no le interesa - respondí notablemente furiosa y mirándolo fijamente.

El muchacho se sorprendió por mi reacción.

- Lo lamento, no quería importunarte...- decía disculpándose.
Pues lo ha hecho, así que, si no le molesta, le pido que me deje en paz – contesté levantado un poco la voz.

El hombre con rostro serio movió la cabeza en afirmación y se alejó sin decir nada más. Conté hasta diez respirando hondo para calmarme, no llevaba ni cinco minutos de ese accidente y mi parte racional me decía que me había comportado demasiado grosera con él, quien únicamente había tratado de ser agradable conmigo.

Rápidamente pasé de la furia a la culpabilidad, no tenía ninguna razón para haber tratado al chico de aquella manera tan cruel, yo no era así, jamás había tratado de esa forma a nadie. Volví a respirar hondo, no podía perder la cabeza en ese instante.

Emprendí mi camino otra vez sin rumbo fijo. Luego de lo sucedido, comprendí que era cierto lo que todos decían, que me transformé totalmente en otra persona, que mi luz se extinguió, que era una sombra de lo que había sido, y justamente por ese motivo decidí hacer ese viaje, con la finalidad de encontrar mi antigua yo.

Después de veinte minutos sentí que empezaba a faltarme el oxígeno, la gente a mi alrededor me asfixiaba. Retomé el camino en sentido contrario para regresar al hotel. Las fuerzas me comenzaron a faltar, y como pude llegué hasta una banca cercana para sentarme en espera de recuperarme un poco para poderme ir. Sin embargo, pasaban los minutos y nada cambiaba. Apreté mis manos, no sólo me faltaba el aire, sino que una punzada constreñía mi corazón.

Sin saber en qué momento pasó, alguien se detuvo enfrente de mí y me dio una bolsa de plástico para que respirara con ella. Algo aturdida le hice caso y lentamente todo dejó de dar vueltas en mi cabeza. Cuando me sentí mejor me quité la bolsa del rostro.

- Déjate un poco más - dijo la persona que me había salvado la vida segundos antes.

Yo inmediatamente obedecí. El extraño me miró preocupado, quizás estaba meditando si sería mejor llevarme a un hospital o si con la bolsa bastaría. A los escasos minutos mi respiración volvió a la normalidad y me quité la bolsa. Cerré un poco los ojos, todavía mi vista era borrosa. Sentí

que mi salvador se sentó a un lado de mí en la banca y me quitó el plástico de las manos.

- ¿Te sientes mejor? – me preguntó mi compañero de banca.
Sí, gracias - atiné a responder lentamente.

Cuando mi mente se aclaró abrí los ojos y por fin pude ver a mi salvador, descubrí que era el chico a quien horas antes había tratado de la peor manera. Me sonrojé por la vergüenza, yo lo había rechazado minutos atrás y este ahora me salvaba la vida.

- Es mejor que vuelvas al hotel a descansar – comentó el muchacho.

Asentí con la cabeza sin decir ni una sola palabra. El extraño me ayudó a levantarme de la banca, y fue entonces en que, mi estómago reprodujo un ruido horrible, recriminándome la falta de alimento. Él sonrió pues se percató del sonido.

- Creo que será mejor que comas primero – señaló mirándome fijamente.

Como yo no tenía todavía la suficiente fuerza para hacer algo, solamente dejé que él me condujera hacia un restaurante contiguo a la plaza principal, y ambos nos sentamos en una mesa en el exterior. Mi salvador pidió una cerveza para él y un agua para mí. Cuando el mesero dejó nuestra orden, también depositó en la mesa una charola con comida, que consistía en platillos mexicanos en miniatura.

El olor de la comida revolvió mi estómago, el extraño que estaba sentado frente de mí se dio cuenta.

- Tienes que comer – ordenó tajantemente.
- No puedo – contesté conteniendo mi respiración.
- Claro que puedes - me regañó - Es esto o una noche canalizada con suero en un hospital - me advirtió.

Lo volteeé a ver, su rostro era serio, aquello no lo decía en broma. Comprendí que estaba dispuesto a realizar lo segundo. Como pude tomé una de las mini tostadas y la llevé a la boca. En un principio al sentir la comida entrando a mi organismo, me reprodujo más náuseas, sin embargo, la mirada profunda de aquel extraño me hizo seguir comiendo. Lentamente mi estómago agradeció la entrada del alimento y me descubrí disfrutando de esos bocadillos deliciosos.

En el momento en que mi salvador vio que mi cuerpo no rechazaba la comida se relajó, dio un sorbo a su cerveza y tomó una tostada. Estuvimos en silencio mientras devorábamos el primer plato. Conforme se asentaba el alimento, mi estómago me pedía más y rápidamente el mesero regresó con otro plato con mini lonches, los cuales

inmediatamente consumí. Mi apariencia pálida adquirió un tono rosado revelando mi mejoría.

- Gracias - dije en un susurro, en lo que el mesero volvía a poner comida en la mesa.

El extraño muchacho asintió con la cabeza entendiendo que el agradecimiento era para él y no para el mesero.

- Me llamo David - dijo de repente.
- Yo soy Katherine - respondí con un poco de comida en la boca.
- ¿De dónde vienes? - preguntó el desconocido tratando de sacar plática.
- De Guadalajara, ¿y tú? - contesté mientras tomaba otro mini lonche de la charola.
- Yo soy de aquí, de Colima.
- Lamento haberte arruinado tu paseo del sábado - me disculpé mirándolo a los ojos por primera vez.
- No tienes nada de qué preocuparte - respondió inmediatamente. - De todos modos, no era en sí un paseo.
- ¿A qué te refieres? - pregunté confundida.
- Vine de trabajo. Traje a una pasajera hasta aquí - sonrió con su respuesta.

Mi mente comenzó a armar el rompecabezas, aquel chico había sido el chófer del taxi que me trajo a Comala, y para el colmo era el mismo hombre con el que me tropecé en la mañana en el centro de la ciudad.

- ¿Me estabas cuidado? - le cuestioné tímidamente.
- Así es - respondió haciendo hacia atrás los hombros, tratando de buscar las palabras adecuadas para no alterarme - Cuando chocamos en la mañana vi que estabas mal, sin embargo, dejé que te fueras. A pesar de ello sin querer tú te subiste a mi taxi, y entendí que era una señal, así que traté de sacar plática contigo, pero tú no me dejaste.

Hizo una pausa para tomar un sorbo de su cerveza.

- Cuando te bajaste del auto sin decir ni un gracias, me dije que lo que te pasaba no era mi problema y estuve a punto de regresar al centro de Colima. No obstante, algo no me dejó y decidí caminar un rato. Me sentía un poco raro, y al volver a tropezar contigo comprendí que te había estado buscando. Luego de tu asombrosa reacción con nuestro tercer encuentro, supe que tenía que seguirte de cerca, presentía que estabas peor de lo que pensaba, y no me equivoqué.

Guardó silencio, nos quedamos así unos cuantos minutos.

- Lo lamento - dije suspirando - Por lo que ocurrió cuando te traté mal.
- ¿Cuál de las dos veces? - bromeó él.

- Las dos – contesté ruborizada por la vergüenza.
- No hay problema - sonrió.

Después de comer sólo nos quedamos viendo a nuestro alrededor, observando a las demás personas siendo felices. Suspiré, pensé que tal vez algún día volvería a sentir eso. Cuando estuve lista, David me llevó a mi hotel en su taxi, y en seguida de un gracias algo apenada por todo lo que pasó y de que no me dejara pagar la comida, ni el viaje de regreso, me metí a la cama para descansar. Aquel día había sido demasiado desgastante para mí.

Capítulo 9

Capítulo 9

Día 30 sin ti

La mañana del domingo me sorprendió despierta, como últimamente sucedía. Ya me estaba acostumbrando a no dormir. Me di vuelta en la cama, no tenía ganas de levantarme, meditaba en quedarme acostada todo el día cuando alguien tocó a la puerta, sin muchas ganas fui hasta ella. Su rostro sonriente me tomó desprevenida, ahí se encontraba David ataviado con unas bolsas en las manos, yo no entendía qué pretendía al estar ahí.

- ¡Buenos días! - saludó contento.
- ¡Buenos días! - contesté en voz baja.

Él me miró tratando de adivinar en cuál de todas las facetas que me conocía me encontraba en ese momento, estaba como quien dice tanteando el terreno.

- Quise pasar a saber cómo sigues – comentó luego de varios segundos.
- Estoy mejor - mentí.

David me miró enarcando una ceja, sabía que le estaba tomando el pelo.

- Te traje desayuno - volvió a hablar lentamente.

Ahora fui yo quien lo miró confundida, ¿por qué hacía eso? Él esperó pacientemente en la puerta, entonces me hice a un lado para dejarlo pasar. Acomodó las bolsas en la mesa, el olor de la comida me recordó lo hambrienta que me encontraba.

Desayunamos en silencio. Curiosamente me empezaba a acostumbrar a su presencia y quizás a sus atenciones. Luego de recoger la basura nos quedamos otra vez en silencio.

- ¿Qué planes tienes hoy? - quiso saber mirándome de reojo.
- Aun no lo sé - respondí en voz baja.
- No pensaras pasarte el día aquí, ¿verdad? – comentó volteando a verme al rostro.

Me sonrojé, puesto que había adivinado mis planes, así que no pude

negarlo.

- Estás aquí de vacaciones, tienes que disfrutar de ellas, no viniste a arrinconarte en el cuarto de un hotel. Bien, entonces prepara tu traje de baño, nos vamos a la playa – anunció felizmente David.

Abrí mucho los ojos, ¿cómo osaba venir a sacarme de mi zona de confort? Nadie le dijo que tenía que rescatarme de mi miseria, porque yo no era una princesa, y él mucho menos un caballero con una armadura plateada.

- ¿Qué no tienes que ir a trabajar? - pregunté alzando una ceja e intentando correrlo cordialmente.

- No, no hoy - contestó adivinando otra vez mis intenciones - Soy mi propio jefe y he decidido pasar el día contigo, y a mí se me antoja ir a la playa – respondió decidido.

Aquel hombre comenzó a irritarme, ¿quién se creía que era que podía darme ordenes? Me quedé ahí sentada con los brazos cruzados esperando a que él se desesperara y me dejara en paz, sin embargo, no lo hizo, al contrario, con su mirada me retaba.

- No tenemos todo el día - dijo David divertido.

- Yo no quiero ir - respondí refunfuñando.

Él soltó una carcajada, lo cual ocasionó que me molestara más, ahora resultaba que me había convertido en su bufón.

- A ver mi niña chiquita. Ve y toma tus cosas antes de que se nos haga tarde - comentó el taxista divertido.

- ¿Qué te hace pensar que tengo un traje de baño? - le dije de forma prepotente.

- No puedo creer que no tengas uno en tu maleta - contestó mirándome todavía divertido - Nadie viene a Colima sin cargar uno.

Respiré hondo molesta, pues nuevamente tenía razón. Viendo que había perdido la batalla, me levanté y me dirigí hacia la recámara. Mientras guardaba las cosas necesarias en una bolsa, hablaba para mí misma todavía refunfuñando.

- Te estoy escuchando - dijo David, riendo en voz alta.

Aventé la bolsa molesta a la cama. No podía soportar a aquel hombre, no obstante, me sentía raramente cómoda con su actitud. Apreté los dientes cuando entendí por qué, mi némesis era así, solíamos tener ese tipo de escenas todo el tiempo, ya que le encantaba verme como una niña berrinchuda. Se reía cada vez que yo hacía algún drama, y sobre todo me di cuenta de que otra de las cosas en que se parecían, era en que siempre

creían tener la razón.

Al salir a la sala me percaté de que David se encontraba ya esperándome en la puerta. Dejé la habitación todavía haciendo berrinche, a lo cual el taxista sólo suspiraba hondo y movía la cabeza de un lado a otro. En el trayecto a la Playa de Cuyutlán mi molestia fue bajando considerablemente, curiosamente empezaba a emocionarme con la salida, él se dio cuenta y se atrevió a comenzar la plática.

En el recorrido me enteré de que su empleo de taxista era en sus tiempos libres, y que con sus ganancias pagaba la universidad de medicina. Comprendí que por esa razón supo cómo tratarme la tarde anterior en mi crisis. También me reveló de que era el mayor de cuatro hijos y que ayudaba a sus padres con los gastos de la casa lo más que podía. Mientras me contaba su vida, descubrí que era un buen hombre con un corazón enorme dispuesto a apoyar al prójimo.

Ya en Cuyutlán nos acomodamos en una palapa de las filas del medio. Sonreí un poco, la vista de la playa me enamoró por completo, por primera vez en aquel viaje me sentí bien. Luego de dejar las cosas en el camastro, nos cambiamos y fuimos a jugar con las olas. Por un momento todo mejoró, empezaba a disfrutar de mi viaje. De vez en cuando volteaba a ver de reojo a mi acompañante, había algo en él que me llamaba la atención.

Comimos en la playa y como a las seis de la tarde regresamos a la ciudad de Colima. David me dejó en la puerta del hotel y corriendo me metí a la habitación. Fui al baño para darme una ducha, puesto que acordamos volvernos a ver en una hora y media, para asistir al festival del vino que se encontraba instalado en la plaza principal.

Me vestí con una blusa negra de tirantes, unos jeans arremangados y unas sandalias de tacón bajo. A las ocho en punto David ya tocaba otra vez en mi puerta. Al verme se sorprendió, yo me sonrojé. En su rostro se dibujó una sonrisa y caminamos una cuadra al festival. Pagamos nuestra entrada y con copa en mano recorrimos los puestos para la degustación gratis.

El ambiente del evento me subió más los ánimos. Me la pasé riéndome con los comentarios de David, en ese tiempo que pasábamos juntos pude darme cuenta de que era una persona muy divertida. En mi cuarta degustación de vino lo miré detenidamente mientras se decidía por cual sería el siguiente vino que probaría. No pude negar que era muy guapo y sentía su compañía muy agradable. Reconocí que me gustaba, y eso que no tenía mucho conociéndolo. En lo que llevaba del día, comprendí que él me había tratado delicadamente porque suponía que algo muy fuerte me había pasado, fue muy comprensivo en no preguntarme lo que me sucedía, así que estaba haciendo todo lo posible porque olvidara aquello

que me acongojaba.

Luego de vagabundear por mucho tiempo por los puestos, nos sentamos en uno de los restaurantes al aire libre para cenar una exquisita pizza a la leña. La gente a nuestro alrededor bailaba, bebía y comía felizmente. A pesar de que había mucha gente, no volví a tener una crisis como en Comala.

Entonces la cantante Camila Cabello sonó en el equipo de sonido del evento con su canción Bam Bam. Entendí que tenía mucha razón al cantar la parte en que decía que el amor había llegado y la noqueo, pero que ya estaba de pie otra vez. Sentí una ligera sospecha de que, si podía lograrlo, de que si podría seguir con mi vida, aunque mi exnovio no estuviera a mi lado. David se paró de su asiento y me invitó a bailar. Yo lo dudé unos segundos, y, no supe si fue por el alcohol que había tomado o por el ambiente del festival, que acepté su invitación.

Bailamos por un buen rato, David era un buen bailarín y me guio todo el tiempo. En medio de una canción me tomó de la cintura y me besó. Al principio no sabía qué hacer, él se convertía en el primer hombre que besaba después de mi ruptura amorosa, sin embargo, algo en el sabor de sus labios me hizo contestarle el beso.

Regresamos al hotel tomados de la mano. Aquella velada había sido muy bonita. Nos detuvimos en la puerta de mi habitación.

- Muchas gracias por no permitirme quedarme en mi habitación - dije bromeando, mientras lo miraba a los ojos.
- Fue todo un placer - contestó orgulloso de su victoria, esbozando una amplia sonrisa.

Entonces sin darme cuenta, volvió a besarme. Sus labios eran como un arma de dos filos, por una parte, me hacían sentir culpable porque me recordaban esa promesa en la que mi ex sería el último hombre que besaría, y por el otro lado me daban esperanza de que no todo estaba perdido en mi vida.

David se separó un poco de mí y me siguió abrazando por la cintura. Suspiró.

- Me gustas mucho – dijo de repente con voz dulce.
- Y tú a mí – confesé tímidamente.

Me miró a los ojos y después me dio un beso en la frente.

- ¿En serio tienes que regresar mañana? - preguntó algo triste - ¿No puedes quedarte unos días más?

- No, no puedo – respondí secamente.

Él me abrazó más fuerte. En lo que estábamos abrazados comprendí que quizás se comenzaba a enamorar de mí, así que lo mejor para los dos era poner distancia antes de que él saliera lastimado, porque yo no podía corresponderle, en ese tiempo mi corazón en pedazos seguía teniendo un solo dueño a pesar de que ese mismo lo había roto.

Me volvió a besar, pero esta vez profundamente, con desesperación. Entendí que se estaba despidiendo de mí y de lo que surgía en su interior.

Capítulo 10

Capítulo 10

Día 31 sin ti

La mañana del lunes me levanté con unas ojeras tremendas, puesto que nuevamente no pude dormir, para mi desgracia había soñado con David y cómo le rompí el corazón.

Arreglé mi maleta y me dirigí a la recepción para hacer entrega de la habitación. Salí a recorrer por última vez las calles de Colima. Mientras lo hacía, sentí que no había disfrutado por completo de aquel lugar. El fantasma que me acompañaba ensombreció el viaje hasta que David apareció, convirtiendo todo a tonos grises claros.

Me senté un momento en una cafetería para tomar un desayuno ligero. Gracias a David había empezado a comer otra vez, quizás no lo suficiente, pero por algo se comenzaba.

Ese viaje hizo un leve cambio en mí, mientras disfrutaba del café que recorría mi boca, me sentí menos rota que antes. Y cuando pensaba que algún día lograría sobrevivir, me llegó una notificación que me arrastraba otra vez a mi doloroso pasado. Se trataba de un mensaje de texto de un número que no conocía. Lo abrí y me di cuenta de que únicamente venía una fotografía.

En ésta se mostraba la mano de una chica tomando otra de tez morena. Me paralicé por completo, mi corazón se volvió a partir en pedazos, la herida se abrió dos centímetros más, ya que reconocí el reloj que llevaba puesto esa mano morena.

Traté de ahogar un grito de dolor y con eso mis lágrimas. Ese reloj pertenecía al hombre responsable de todos mis males. Entendí que al parecer él ya me había olvidado, y ahora tenía nueva novia.

Una gran ansiedad me invadió. Mi cabeza comenzó a dar vueltas. Solamente llevábamos un mes separados y aquel hombre al que alguna vez le di mi corazón, ya estaba rehaciendo su vida con alguien más.

Tomé mi maleta con fuerza, y luego de pagar la cuenta, salí corriendo como desesperada hacia el sitio en el que me recogería el splinter, que me regresaría a casa.

Capítulo 11

GUANAJUATO

Capítulo 11

Día 73 sin ti

Suspiré varias veces, el dolor de cabeza acaparaba todos mis sentidos, mientras me esforzaba en contemplar el espléndido paisaje al pasar. Cerré un rato los ojos en espera de que la pastilla que me había tomado minutos antes hiciera efecto. Pensé que aquella no era la mejor manera de empezar mi segundo viaje luego de mi poco disfrutado encuentro con Colima, sin embargo, después de sufrir otra crisis de ansiedad en casa, decidí volver a intentarlo, pero en esta ocasión en Guanajuato.

La elección sobre cuál era el sitio indicado para mi segundo intento, no fue tomada desapercibida, y tras una larga búsqueda, escogí esa ciudad porque en mi primera visita, hacía mucho tiempo atrás, me quedé profundamente enamorada del lugar, así que ahí me encontraba dándome una segunda oportunidad. Esta vez me prometí disfrutar del viaje, no podía volver a pasar lo de Colima, contaba con toda mi disposición para lograr que mi estancia en Guanajuato fuera memorable.

A pesar de ello las cosas no estaban resultando como lo había planeado. Esperaba que al arribar a mi destino la situación cambiara, y desgraciadamente eso sólo dependía de mí.

El camión se detuvo en la Central de Autobuses. Esperé unos minutos a que los demás pasajeros bajaran, ya que quería darme mi espacio antes de empezar con mi travesía. Al dar mi primer paso sobre tierras guanajuatenses, el dolor de cabeza desapareció, y una gran emoción me embargó por completo.

Presentí que me iría bien en ese viaje, porque en el pasado me había tardado un día y medio para sentir esa misma emoción que ahora tenía. Tomé un taxi que me llevó a mi hotel, el cual se ubicaba literalmente a una cuadra de la plaza principal. En seguida de asignarme mi habitación, dejé mis cosas y con mi sombrero, lentes de sol y con mis ilusiones de la

mano, comencé a recorrer las mágicas calles de Guanajuato.

La magia de ese lugar me cautivó por completo, sin pensarlo me encontré sonriendo y asombrándome por todo. Agradecí estar ahí, en ese momento entendí que había escogido bien mi destino, puesto que estaba resultando de maravilla.

En el camino me topé con un puesto para comprar tours por la ciudad, y después de obtener boletos para tres recorridos turísticos, seguí mi camino adentrándome en callejones de ensueño, disfrutando los colores de los edificios y suspirando por su belleza.

Durante mi travesía callejera, busqué un restaurante en el cual comer, y después de elegir uno que me convenció, me senté en una de las mesas del exterior a disfrutar de la hermosa vista que me regalaba el Jardín de la Unión. Aguardé en ese sitio a que se hiciera la hora para mi primer paseo, pues mi recorrido inicial era sin más ni menos que para la famosa callejoneada.

Al hacerse las siete de la noche únicamente caminé unos cuantos pasos para acercarme al punto de encuentro del tour, la explanada del Templo de San Diego, sitio en que empezaría el recorrido. Como llegué algo temprano, me senté en las escaleras en lo que iba llegando la demás gente que estaría en el evento. En mi estómago sentí que algo se movía en el interior, se trataba del nerviosismo que tenía, no obstante, esto no apagó mis ánimos, al contrario, la adrenalina se apoderaba de mí.

Al otro extremo de dónde me encontraba, me topé con la mirada de un muchacho. Me sonrojé cuando nuestras miradas se cruzaron. Él me sonrió. Sin saber cómo, instintivamente levanté la mano como saludo, el cual fue respondido de la misma manera. Bajé la mirada al suelo. ¿Qué era lo que hacía? Cuando quise volver a mirar hacia el sitio en que se localizaba el chico, los integrantes de la estudiantina que realizarían la callejoneada se interpusieron en mi camino, ya que el recorrido estaba a punto de iniciar.

De una forma maravillosa la estudiantina empezó con el evento, y luego nos invitó a seguirlos, mientras con relatos y con música nos contaban los secretos que envolvían aquellas calles de Guanajuato. De vez en cuando pude divisar al chico de lejos, cada vez que nuestras miradas se encontraban, él me sonreía, y yo me sonrojaba.

No podía dudar que me gustaba, aunque era completamente distinto a David, ya que este tenía tez blanca, cuerpo delgado, cabello negro y bastante alto. De repente a la mitad del tour la estudiantina dividió el grupo en dos, el de las mujeres y el de los hombres, y cada uno por su

parte siguió el trayecto en rumbos diferentes.

A pesar de que iba sola, me divertí a lo grande. La estudiantina se detuvo en unas calles y nos invitó a que tomáramos asiento en lo que llegaba el segundo grupo para unirnos. En lo que esperábamos, el personal organizador comenzó a vender rosetones para que las damas del recorrido pudieran regalárselo a algún caballero. Como no tenía a quien obsequiarlo no compré ninguno, la persona a la que alguna vez me hubiera gustado dárselo como muestra de mi amor, se encontraba aproximadamente a doscientos ochenta y tres kilómetros de distancia.

Suspiré hondo, no quería pensar en él, pero era imposible no hacerlo y menos en la ciudad en la que estaba. Los recuerdos aparecían como un flashazo de los momentos que vivimos por esas mismas calles. Entonces el segundo grupo se incorporó, los anfitriones del recorrido hicieron un espacio para que las mujeres que compraron un rosetón se los entregaran a su hombre especial, y acto seguido fue el turno de los caballeros, quienes llevaban una rosa roja para entregarla a aquella dama a la que querían.

Al igual que el ritual que hicieron las mujeres, los hombres debían repetir unas palabras que la estudiantina les decía. La escena consistía en que primero tenían que ir hacia la dama y arrodillarse ante ella. Mientras lo hacían, yo miraba con un suspiro de tristeza el hermoso escenario, cuando de repente el chico con el que estuve coqueteando a la distancia se detuvo enfrente de mí y se arrodilló.

Mi sorpresa se vio reflejada inmediatamente en mi rostro. Él me miró un poco sonrojado, recitó las palabras que la estudiantina les dijo y me entregó la rosa, la cual tomé con mi cara en un tono color jitomate, y en voz baja por la timidez, le agradecí el detalle. El muchacho respiró hondo ya tranquilo, pues temía de mi reacción.

Después retomamos el recorrido los dos grupos para llegar al final del evento. El chico que me regaló la rosa caminó a mi lado y compartimos algunas palabras. Al finalizar el tour aplaudimos a la estudiantina por la magnífica velada, y retomamos las calles para acercarnos a la plaza principal. El muchacho de la rosa me invitó a tomar un café para platicar, yo acepté un poco dudosa y nos dirigimos hacia el Jardín de la Unión. Al estar cerca del famoso Callejón del Beso decidí tomar otra dirección para rodear y no pasar por ahí, el chico confundido me siguió sin entender el por qué había elegido el camino más largo para llegar a nuestro destino.

Lo que él no sabía es que la razón primordial de mi desvío era porque aquel callejón me traía recuerdos dolorosos, de como una yo del pasado totalmente enamorada se había dado un beso en ese paraje con la persona con la que esperaba pasar el resto de su vida. Una punzada más fuerte de lo normal comenzó a molestarme en el corazón. Respiré

profundamente, su recuerdo seguía doliéndome en lo más hondo de mi alma, ese dios griego al que le entregué todo aún significaba tanto para mí, que todavía no podía creer que ya no estuviera más.

Moví la cabeza para sacarme esos pensamientos, me había prometido no pensar en él en mi viaje, pero no podía, ese hombre había sido una parte importante en mi vida y sabía que no sería fácil reponerme, no podría sacarlo de mi corazón de la noche a la mañana como este lo hizo conmigo, yo no era de esa manera, me tardaría lo necesario para superarlo, para recordarlo hasta que ya no doliera.

Mi acompañante me veía de reajo. Creo que en ese instante pensó que me encontraba atravesando por una batalla interior, por lo que decidió no decir nada, sólo se limitó a caminar a mi lado. Cuando arribamos al restaurante al que acordamos, nos sentamos en silencio y esperamos a que el mesero nos tomara nuestra orden.

En seguida de que el mesero se retirara de nuestra mesa, y luego de varios minutos en silencio, el chico de la rosa decidió dar el primer paso, ya que se dio cuenta de que yo seguía absorta en mis pensamientos.

- Me llamo José - dijo estirando su mano como saludo.
- Yo soy Katherine - contesté en voz baja estrechando su mano.
- ¿De dónde vienes? - preguntó tranquilamente.
- De Guadalajara, ¿y tú? - respondí suspirando hondo, tratando de alejar mis pesadillas, demonios y traumas lejos de ese lugar.
- Yo soy de aquí de Guanajuato - comentó felizmente.
- Si eres de aquí, ¿por qué estabas en la callejoneada? - cuestioné levantando una ceja confundida.
- Bueno, la verdad es que jamás había tomado ese recorrido. Supongo que es normal que cuando eres originario de un lugar, no realizas los tours de casa, pero pensé que para conocer mejor mi ciudad debía de hacerlos. En este tiempo he descubierto muchas cosas que no sabía y eso que tengo toda mi vida viviendo aquí.

Asentí con la cabeza ante el comentario de José, pues tenía razón. Yo tampoco recordaba haber tomado algún recorrido por mi ciudad natal, tal vez por eso, porque me había acostumbrado a estar ahí.

El mesero trajo nuestros cafés y la plática comenzó a fluir. En poco tiempo descubrí que José era estudiante de los últimos semestres de la carrera de Ingeniería Física, a pesar de que teníamos la misma edad, él había ingresado después a la universidad, pues tuvo que trabajar antes para pagar su carrera.

Lentamente me comencé a sentir cómoda con su compañía. Mientras observaba al hombre que tenía frente a mí, no pude evitar pensar que este poseía algo que me llamaba la atención. No sabía qué era, no

obstante, me empeñé en descubrirlo, aunque eso me costara los cuatro días de mi estancia en aquella ciudad.

Capítulo 12

Capítulo 12

Día 74 sin ti

Eran las seis de la mañana del martes en mi segundo día en Guanajuato, y ya estaba despierta. Otra noche más en la que no podía conciliar el sueño. Desesperada me levanté y me metí al baño para darme una ducha. Esperé a que se hicieran las ocho para buscar algún lugar en el que tomar el desayuno. Encontré un restaurante pequeño a unos cuantos pasos de mi hotel, y luego de revisar el menú, únicamente pedí una ensalada, puesto que mi estómago se revolvía con sólo leer la carta.

Con dificultades me comí la gran parte de la ensalada, y regresé al hotel para aguardar ahí a que pasaran por mí para tomar el segundo tour en aquella ciudad. Al entrar me quedé paralizada. Ahí en la pequeña sala de espera se encontraba José, el chico que la noche anterior me regaló la rosa. Él me vio en la puerta y se paró de su asiento esperando a que yo fuera a su encuentro.

Al ver que yo no reaccionaba se acercó a mí. Nerviosamente me dio los buenos días y se quedó callado, mientras tanto yo seguía sin reaccionar.

- ¿Qué es lo que estás haciendo aquí? – le pregunté recobrando la compostura después de varios minutos.
- Ayer que estuvimos platicando me la pase muy bien contigo, y recordé que comentaste que venías sola, así que pensé que quizás estaría bien si me uno a ti a los recorridos que vas a tomar en estos días para acompañarte - contestó el chico tímidamente.

Yo volví a quedar en shock, lo cual era demasiado evidente en mi rostro. José volteó nervioso hacia el suelo.

- No necesito que nadie me acompañe - solté de golpe algo grosera.

El hombre me miró con ojos de sorpresa y de tristeza al mismo tiempo. Soltó un suspiro que hizo darme cuenta de lo que acababa de decir.

- Lo lamento mucho, no quise molestarte - dijo por fin con voz temblorosa
- Será mejor que me retire.

José sin decir otra palabra caminó hacia la puerta. Entonces la imagen de David se me vino a la mente, la historia se estaba repitiendo, ya que nuevamente aparecía un chico lindo con la única finalidad de ser

agradable conmigo y yo lo trataba de lo peor.

Respiré profundamente, tenía que dejar de repetir ese patrón, el hecho de que mi ex hubiera terminado conmigo, con mis ilusiones y con mi corazón, no significaba que todos los hombres fueran iguales.

- ¡José! ¡Espera! - dije en voz alta antes de que él saliera por completo del hotel.

El muchacho volteó hacia donde yo estaba todavía con rostro triste. Me acerqué a él.

- Lo siento - comenté en voz baja - No quise tratarte de esa forma. Gracias por intentar ser amistoso conmigo mientras yo me porto como toda una grosera - me disculpé.

Nos quedamos en silencio, ya no sabía qué más decir.

- ¿Te parece bien si te acompaño a las excursiones? - preguntó dulcemente José.

- Me encantaría - respondí mirándolo a los ojos.

Él sonrió y eso me hizo sentir mucho mejor. Nos sentamos en la sala de espera en lo que llegaba el personal de la agencia de viajes por nosotros.

- ¿Qué no se supone que deberías de estar en la facultad a estas horas? - cuestioné intentando sacar plática.

- Sí, de hecho. Sin embargo, decidí que realizar unos paseos por mi ciudad natal son más importantes que mis clases de estos días - respondió sarcásticamente el chico.

La forma tan graciosa en que había contestado José me dio risa. Él se unió a la carcajada.

A las nueve en punto el personal del tour pasó por nosotros, y montados en una splinter nos aventuramos a nuestro recorrido. Aquel día sería por algunos puntos importantes de la ciudad. En nuestro grupo sólo había una pareja de Costa Rica que venía de vacaciones.

Mientras más tiempo pasaba con José, más me gustaba. Él era tan relajado que me transmitía su gran energía, tanto que poco a poco ya estábamos platicando de todo. Curiosamente me di cuenta de que con él podía hablar de cualquier punto, desde el clima hasta de física cuántica como si fueran temas comunes de conversación, aunque claro que yo no tenía ni la más remota idea de que era lo segundo, así que José fue quien terminó explicándome muchas cosas sobre física, y lo mejor es que lo

hacía tan bien que no me costaba trabajo entenderle.

Apreté los dientes ante este último pensamiento, aquella descripción cuadraba perfecto con el fantasma de mi pasado. Maldije para mí misma, ¿por qué siempre había alguien que me lo recordaba? ¿por qué a donde fuera él siempre tenía que aparecer para estropearlo todo? No pude evitar sentir un vacío en el corazón, no cabía duda de que seguía amándolo con lo profundo de mi ser. Respiré hondo, deseaba que en algún momento pudiera volver a mirar a mi pasado y no sentirme de esa forma. Supongo que llegaría ese día, tarde que temprano quizás podría rehacer mi vida sin dolor.

Regresé a la realidad y traté de enfocarme solamente en mi presente. El paseo por la ciudad nos llevó a lugares asombrosos. Visitamos el Museo de la Tortura, pasamos por el famoso Hotel Castillo Santa Cecilia, nos adentramos a una Boca Mina, admiramos el increíble paisaje desde el Monumento al Pipila, e hicimos una visita a mis familiares en el Museo de las Momias.

La compañía de José resultaba muy agradable. Durante ese tiempo al mirarlo, sin querer me sonrojaba, sin lugar a dudas me gustaba, incluso más de lo que David llegó a gustarme, y aunque ambos eran totalmente diferentes, había encontrado en cada uno de ellos algo que me llamaba la atención.

Luego de terminar nuestro tour, José me llevó hasta el Mercado Hidalgo para comer. Ya estando ahí pedimos unos ricos lonches, desgraciadamente yo seguía sin poder comer, porque para variar, mi estómago comenzó a revolverse, así que mejor le regalé mi comida a un señor que estaba necesitado de alimento. Después mi acompañante me hizo caminar calles arriba, para presumirme el hermoso edificio de la Universidad de Guanajuato y en seguida visitamos el Museo Regional.

Cuando el sol empezó a desaparecer del cielo, José y yo charlábamos animosamente sentados en la Explanada de la Alhóndiga de Granaditas. Para completar aquel bonito día, acabamos en una mesa exterior de un bar cerca de la Basílica Colegiata de Nuestra Señora de Guanajuato para tomar unas cervezas.

Como a las once de la noche José me acompañó hasta la Plaza Baratillo, sitio en el que se encontraba mi hotel, y en seguida de plantarme un beso en la boca, lo vi alejarse. Aun cuando ya lo había perdido de vista, seguí ahí todavía en shock por el beso. Me obligué a reaccionar para no verme como toda una tonta, y subí a mi habitación. Mientras contemplaba el techo tirada en la cama, admití que ese beso inesperado me había gustado, tal vez más de lo que podía imaginar.

Capítulo 13

Capítulo 13

Día 75 sin ti

Amaneció y mi tercer día en Guanajuato me llegó como una bofetada en el rostro contra la cruel realidad. Al día siguiente estaba programado mi regreso a Guadalajara, y eso ensombrecía mi ánimo. Mi estadía en aquella ciudad hasta el momento era grandiosa, la disfrutaba más que en Colima.

José pasó muy temprano por mí para ir a desayunar, ya que el recorrido de ese día empezaría más temprano que el anterior. Durante el desayuno José me trataba con mucho cariño, me tomaba de la mano y me abrazaba como si fuera su novia. Al principio eso me hacía sentir un poco incómoda, pero luego me comenzó a gustar esos detalles, ya se me había olvidado cómo se sentía que alguien se comportara conmigo de esa forma tan linda.

Nuestro tour de ese miércoles nos llevó a recorrer la ruta de la Independencia. Primero empezamos en Santa Rosa de Lima, en donde realizan conservas de mermeladas, posteriormente hicimos una parada en el Cementerio de Dolores Hidalgo para conocer la tumba del cantautor José Alfredo Jiménez, después visitamos la casa de este personaje emblemático que ahora es un museo dedicado a él, y acto seguido nos adentramos en el museo de los familiares del cura Miguel Hidalgo y Costilla.

En el tiempo libre que nos dieron caminamos por la plaza principal de esa población. Aprovechamos para contemplar el interior de la Parroquia de Dolores Hidalgo y disfrutamos de unas ricas nieves de garrafa. Yo me saboreaba una de aguacate, mientras José se devoraba una de michelada. En seguida hicimos una parada rápida a Atotonilco para ver el estandarte de la Virgen de Guadalupe que Miguel Hidalgo y Costilla utilizó en el Grito de Independencia.

Terminamos el paseo visitando el hermoso San Miguel de Allende con sus calles coloridas y su bellísima Parroquia de San Miguel Arcángel. Cuando llegamos nuevamente al centro de Guanajuato, José me llevó a la Plaza San Fernando para pasar un tiempo a gusto en uno de los restaurantes del lugar.

Sin pensarlo mi acompañante de viaje empezó a besarme y sin replicar le contesté los besos. Sus labios eran bastante ligeros, sabían lo que querían, y aunque era muy bueno besando, al igual que David, existía

algo en ellos que hacía falta, puesto que no pudieron despertar en mí aquello que había sentido por mi tormento. Pensé por un instante que quizás por más que besara a muchos hombres, jamás podría volver a sentir esa gloria que probé en esos labios morenos que me hacían pedir más, y que se convirtieron en aquel tiempo en mi delirio.

José dejó de besarme y tomó mis manos para regalarles a cada una un beso tierno. Suspiró y me miró con dulzura.

- No es justo - replicó en voz baja.
- ¿Qué no es justo? - pregunté confundida.
- Que sea tan fácil enamorarse de ti - contestó otra vez por lo bajo.

Me sonrojé y bajé la mirada hacia la mesa, no pude evitar sentirme mal por José, puesto que él en tan poco tiempo había comenzado a sentir algo por mí y yo únicamente buscaba su bonita compañía sin compromisos. Lo peor de todo era que al día siguiente le rompería el corazón cuando tomara mi camión con rumbo a casa.

No dije nada ante su comentario, pero no hacía falta, él sabía lo que pensaba, así que solamente se limitó a observar y a acariciarme el rostro, quizás quería grabarse todos los detalles de este para cuando le tocara sólo recordarme luego de mi partida.

- Quédate - dijo de pronto tomando mi barbilla para obligarme a mirarlo.

Aquel comentario lo sentí como un deja vu, él se convertía en el segundo hombre en proponérmelo, a pesar de ello conocía muy bien la respuesta y al igual que con el primero no podía cumplir con su petición.

- No puedo - respondí quitándole su mano de mi rostro.

José quiso decir algo más, sin embargo, mi mirada severa se lo impidió. Comprendió que por más que insistiera no lo haría, así que después de pagar la cuenta, me acompañó hasta mi hotel y en seguida de un hermoso beso de despedida se alejó de mí, pero esta vez para siempre.

Capítulo 14

Capítulo 14

Día 76 sin ti

En mi cuarto y último día en aquella maravillosa ciudad, me levanté temprano y di mi recorrido final por esas calles. Cuando pasé por el edificio de la Universidad de Guanajuato mi mente me trajo la escena de la noche anterior con José, sabía que en ese momento él estaría en clase. Sacudí la cabeza para alejarlo de mis pensamientos y busqué un lugar en el que tomar mi desayuno. Encontré una acogedora cafetería a unos cuantos pasos de ahí y pedí un rico chocolate caliente con una crepa de Nutella.

Lo dulce del desayuno me hizo sentir un poco mejor, pues hizo que bajaran las ansias que me ocasionaba el pensar en mi regreso. Cuando me encontraba en unos gloriosos cinco minutos de pura paz, la cual no había tenido en mucho tiempo, un correo electrónico acabó por completo con ese instante. Se trataba de una notificación de mi trabajo para una comisión a un curso. Mi ansiedad incrementó al ver el sitio en dónde se llevaría a cabo, puesto que sería en la Ciudad de México, hogar de mi némesis.

Mi cuerpo comenzó a temblar, mi garganta se sentía seca y me empezó a faltar el oxígeno. Como pude salí corriendo de la cafetería y me dirigí al hotel para recoger mis cosas. Mientras estaba sentada en el asiento trasero del taxi que me llevaba a la Central de Autobuses, pensé que en ese momento moriría. En mis adentros creía que no podía ir a ese curso, pues todavía no me reponía de mi ruptura amorosa, y sabía muy bien que quizás él estaría en la capacitación.

Respiré profundamente, no podía perder la cabeza, aún faltaba un mes para viajar a aquella ciudad, tendría que prepararme para lo peor, ese acontecimiento sería una prueba de resistencia. Me dije a mí misma que podría afrontarlo con la cara en alto, aunque con el corazón roto. Recé porque pudiera sobrevivir al tormento que traerían esos cinco días en la ciudad innombrable, junto a mi peor pesadilla en persona.

Capítulo 15

Capítulo 15

Día 107 sin ti

Mientras me bajaba del avión, traté de mantener al ritmo mi respiración. Mis piernas temblaban con cada paso que daban. Por los cristales del pasillo en el que caminaba, pude darme cuenta de que estaba hecha un desastre, jamás había tenido un vuelo como el que acababa de experimentar, y no era precisamente porque el viaje presentara turbulencias, sino que mi mente me había hecho una mala jugada, recordándome qué pasaría al día siguiente, cuando acudiera al primer día del curso.

Me encontraba tan perdida que no supe cómo fue que pedí un taxi que me llevó a mi hotel en Paseo de la Reforma. Cuando llegué, me dirigí a la recepción y luego me acompañaron a mi habitación. En cuanto me quedé sola, cerré a candado y seguro la puerta, como si eso fuera efectivo para que el fantasma de mi pasado no pudiera entrar.

Corrí a la cama y me tapé por completo como una niña aterrorizada, temiendo que debajo de esta o en el closet se escondiera un monstruo dispuesto a asustarme en cuanto apagara la luz. No supe hasta qué hora me quedé dormida, sin embargo, después de un par de veces en que me precipité al baño a vomitar y de intentar calmar la crisis que en ese momento me daba, mis ojos se cerraron por completo.

Aun así, no pude descansar adecuadamente, puesto que él aparecía en mis pesadillas y aunque traté de convertirlo en un diablo, su perfecta fisonomía, sus ojos negros y su dulce sonrisa lo hacían parecer más a un ángel divino al que no podía resistirme, con el que volvía a caer una y otra vez, sin importar el fatídico final que yo sabía que tendría.

Varias veces me desperté sobresaltada por haber escuchado su voz y entre sueños lo llamaba en una habitación completamente aluzada, en la cual solo estaba yo, y en la que desesperadamente quería que estuviera. Mi mente lo imaginaba ahí acostado a un lado de mí, incluso llegué a percibir su calor en la cama, y con el aroma característico de ese hombre pude relajarme, para luego caer a los brazos del fantasma que dormía a mi lado derecho.

Capítulo 16

Capítulo 16

Día 108 sin ti

El lunes me desperté con un dolor de cabeza fatal. Revisé mi celular, los números me anunciaban las cinco de la mañana, todavía me quedaba un par de horas para afrontar mi cruel destino, sin embargo, decidí levantarme. Las luces de la habitación me hicieron recordar que habían pasado toda la noche velando mis pesadillas, el sudor de mi cuerpo me hizo pensar que quizás tuve fiebre por la crisis que sufrí. Fui hacia el baño y me miré al espejo, mi reflejo me mostró que era un reverendo desastre, me puse algo de agua en el rostro para tratar de alejar a los monstruos de mis pesadillas, no obstante, no funcionó, sabía que el verdadero miedo lo vería en carne propia durante el primer minuto del curso.

Me metí en la regadera, el agua poco a poco me hizo sentir mejor. Mientras me duchaba me prometí que en cuanto saliera de la habitación, dejaría encerrados en esta mi ansiedad y mis peores temores, no podía presentarme a la capacitación con el aspecto de una demente. Me esmeré en arreglarme como nunca, sabía que aunque tratara de evitar lo inevitable, era el momento de enfrentarme al hombre causante de todos mis males, así que me comprometí a demostrarle en su hermoso rostro que a pesar de que había roto mi corazón, no arruinó mi vida, no me permitiría mostrarle lo que realmente era en ese instante, le enseñaría una yo serena, optimista y feliz, cómo lo lograría no tenía la menor idea, a pesar de ello no podía darle el gusto de verme en pedazos, quería que viera que lo estaba superado, aunque no fuera cierto.

Luego de arreglarme con un traje blanco que me hacía lucir fantástica, me dirigí hacia el salón en donde sería el curso. Fui de las primeras en llegar ya que me había saltado el desayuno, debido a que tenía un nudo en el estómago que no me permitió comer nada desde el día anterior.

Después de hacer el correspondiente registro y con una taza de café, me encaminé hacia mi asiento. Me acomodé en la mesa y respiré profundamente. Los demás participantes comenzaron a llegar, el salón empezó a llenarse, yo mantenía mi vista hacia la mesa, sabía que no necesitaba verlo para saber cuándo él ya se encontrara en el lugar, durante el tiempo que habíamos pasado juntos, aprendí a sentir su

presencia sin necesidad de que mis ojos lo vieran.

Entonces dio inicio el evento, mi mente se sentía nublada, confundida, hasta el momento no había sentido su llegada, dudaba que fuera a llegar tarde, era la persona más puntual que conocía, le molestaba hacer aquello. Pensé que tal vez ya estaría ahí y no noté su arribo. En el transcurso de la capacitación de vez en cuando volteaba disimuladamente para buscarlo, sin embargo, no lo localizaba, para mi mala suerte había tanta gente que por el momento no me permitían verlo, me propuse que para el descanso de diez minutos que nos darían, aprovecharía para averiguar aquella incógnita que me consumía en silencio.

Cuando menos lo esperé llegó el tan ansiado receso. Lentamente las personas se levantaron y salieron del salón para acercarse al Coffe Break. Me paré y revisé, no había señales de ese hombre angelical con sonrisa de demonio. Salí del salón y caminé un poco buscándolo, tampoco estaba ahí, esto me confundió más, no podía creer que no se encontrara en el evento, pues era costumbre que cada año lo eligieran para dar una ponencia. Mi mente comenzó a dar vueltas, me recargué en una mesa por unos segundos para no caer, cuando me sentí mejor fui hacia el baño y ahí respiré profundamente varias veces, me acomodé el saco y regresé a mi lugar. Aunque hacía todo el esfuerzo posible por poner atención, mi mente estaba muy ocupada haciendo miles de hipótesis sobre el paradero de mi peor pesadilla.

Durante la hora de la comida fui a mi habitación a descansar, seguía sin poder comer nada, y luego regresé al curso. En cuanto se terminó el primer día de trabajos, volví a mi cuarto a encerrarme como la loca que era. Me metí en la cama y me dejé llevar dentro de nuevas pesadillas, en las que el protagonista de mis tormentos hacía su aparición estelar y en cómo yo sin dudarlo volvía a caer ante sus sagrados pies.

Capítulo 17

Capítulo 17

Día 109 sin ti

En el segundo día del curso ya estaba muy temprano en mi respectivo asiento. Con nerviosismo jalaba la falda de mi vestido rosa, ese que tanto le encantaba a mi expareja que me pusiera. En la mañana al arreglar mi vestuario, entendí que mi maleta se encontraba repleta de ropa que a él le gustaba, otra vez inconscientemente me vestía para ese hombre.

En el transcurso de la capacitación comencé a tranquilizarme un poco, pues tampoco había rastro de él. Por ahí entre pasillos alcancé a escuchar que mi pesadilla personal no estaría aquel año en el evento, puesto que realizaba en otro lado una evaluación en sitio, la cual le llevaría toda la semana.

A la hora de la comida arribé al salón comedor para hacer acto de presencia, como ya estaba más relajada me di el lujo de que me vieran fingiendo tomar alimentos, aunque no estaba totalmente de acuerdo con esto, sabía que debía hacerlo ya que conocía a mucha gente que participaba en la capacitación, y lo que menos quería es que llegaran comentarios malos a mi trabajo sobre lo desorientada que había estado durante el curso.

Despacio mi mente empezó a concentrarse, aunque claro todavía seguía en alerta. Cuando terminó otro día de trabajo, salí a dar un paseo. Al poner un pie en la calle el aire fresco me revitalizó, así que decidí arriesgarme y realicé mi recorrido que siempre hacía cuando visitaba la capital del país. Mis piernas me llevaron por toda la avenida Paseo de la Reforma hasta el Zócalo. En el corredor turístico Morelos compré un chocolate caliente y después emprendí mi camino de regreso hacia el hotel.

Aquel trayecto hizo que salieran unas cuantas lágrimas de mis ojos y que mi corazón se oprimiera, pues me traía demasiados recuerdos, todos y cada uno de ellos dolorosos. Extrañé al hombre que siempre me acompañaba a esas caminatas, en cómo él con un café en la mano me contaba fantásticas historias de su población natal, la que tanto amaba. Entonces me di cuenta de que aquella ciudad gritaba su nombre, no existía ningún rincón que no me lo recordara, sin lugar a dudas ese era su sitio, en el que había dejado huella.

A la altura del Palacio de Bellas Artes, me detuve a descansar un poco antes de seguir mi camino. Cerré los ojos por unos segundos y pude percibir su presencia sentada a mi lado derecho, hasta escuché su voz narrándome nuevamente la historia de ese magnifico edificio. A ese hombre moreno siempre le había fascinado contarme curiosidades de aquel recinto que era mi favorito, cosa que a mí me encantaba por completo.

Abrí los ojos y voltee hacia mi derecha deseando verlo ahí, sin embargo, el espacio estaba vacío, mi imaginación me había engañado otra vez. Contuve las lágrimas y apreté mi vaso, no podía negar que aún lo extrañaba y demasiado. Me hacía falta en mi vida y estaba segura de que, si en ese preciso momento aparecía, le perdonaría el sufrimiento que me causaba, incluso me encontraba dispuesta a aceptar lo que me pidiera, a abandonarlo todo con tal de seguirlo hasta el fin del mundo.

Desgraciadamente se localizaba a miles de kilómetros de distancia. Maldije para mí misma, mi estancia en aquella ciudad era más dolorosa de lo que me había imaginado y aunque él no estaba presente, lo podía ver en mis recuerdos riéndose por alguna tontería que yo había dicho, corriendo por Chapultepec y contemplando su monumento favorito: El Ángel de la Independencia.

Capítulo 18

Capítulo 18

Día 110 sin ti

Durante el miércoles mi ánimo empeoro. Con cada segundo que seguía en aquella ciudad, se revelaba en mí psicológica y físicamente la sombra de mi pasado. A la mitad del día de trabajo, me repetí varias veces que pronto acabaría ese martirio, ya faltaba menos para tomar el vuelo que me regresaría a casa.

Por lo pronto tenía que ingeniármelas para continuar sobreviviendo en mi estadía, así que decidí comprar un boleto para la exposición de Vicent Van Gogh que estaba instalado en la Plaza A la Madre. Dentro del recito, me senté en el suelo en espera de que el evento comenzara.

Aunque el lugar no estaba completamente lleno, sentí que empezaba a asfixiarme. Respiré hondo repetidamente como haciendo ejercicios de respiración para calmar la crisis. Entonces el sonido de la música me hizo entender que la exposición daría inicio.

El evento fue totalmente hermoso. La música y las pinturas hacían mágico el instante. De repente comencé a llorar en silencio y no precisamente por lo que apreciaba en ese momento, sino por los recuerdos que saltaban a mi mente, puesto que de nuevo me encontré deseando que ese hombre de tez morena, al que no quería recordar, estuviera ahí conmigo, quizás en otro mundo estaríamos tomados de la mano, él contemplándome con una mirada de amor mientras yo disfrutaba de la exposición. No pude evitar imaginar que en ese multiuniverso que habitaba en mi mente, tal vez podría estar tomándome del rostro para luego besarme dulcemente.

Nada hasta ese instante había hecho que mi dolor minimizara. Ni David ni José, ni siquiera mis experiencias en Colima y en Guanajuato pudieron arrancarme un poco su recuerdo. Aunque no lo quisiera él seguía en mi corazón aferrado como desde el día en que nos conocimos, en aquel lejano noviembre durante una visita de evaluación en sitio.

Todo lo que estaba haciendo hasta ese día era en vano. Tristemente nada había cambiado, puesto que me sentía de la misma manera que luego de aquellos diez minutos de una llamada telefónica que acabaron con mi mundo como lo conocía, y con mis ganas de vivir.

¿Cómo iba a seguir adelante si lo que hacía no funcionaba? Quizás era el momento de resignarme, y sobrellevar lo que restaba de mi vida

caminando a través de los años con un letrero en mi frente que llevara su nombre. Tal vez era el tiempo de aceptar que no podía vivir sin él, por más de que tratara de hacerme la fuerte. Mientras las luces se apagaban y prendían al compás de la música, continuaba llorando como la miserable en la que me había convertido, y que siempre sería sin él.

Capítulo 19

Capítulo 19

Día 111 sin ti

La mañana del jueves me recibió despierta, llorando en el baño. Aquel lugar hacía que agonizara rápidamente, tenía que salir lo más pronto posible de ahí. Agradecí que mi vuelo estuviera reservado para en cuanto terminara el evento, así que únicamente faltaba pasar un día completo en la Ciudad de México y esperar que en casa volviera a sentirme un poco mejor.

Para ser franca no tengo ni la más remota idea de cómo fui capaz de disimular ante todos la oscuridad que se alojaba dentro de mí. Nadie se dio cuenta de lo que yo vivía. Si fuera una competencia me hubiera ganado el premio a la mejor actriz.

En cuanto se terminó el cuarto día de trabajos, salté a la calle, prefería sentir dolor en el exterior que en el interior de mi habitación. Me dirigí hacia el Zócalo y compré un boleto para el último tour por la ciudad. Mientras el camión recorría las calles, no pude evitar pensar que si él no me hubiera terminado hacía ya unos meses, en ese momento estaríamos los dos disfrutando del paseo, puesto que esa era una de las actividades que prometimos hacer y que tristemente nunca se llevaron a cabo.

Apreté los dientes cuando a lo lejos escuché una canción que hizo que se removiera todo en mi interior, se trataba de una canción de trova que mi peor pesadilla me dedicó. Un delirio se apoderó de mí y sentí que ese hombre estaba ahí a mi lado cantándome al oído la canción como aquella vez.

Cerré los ojos. Dejé que mi locura me hiciera un favor y por unos minutos olvidé que ya no estábamos juntos. Imaginé tenerlo conmigo cuando él me amaba y mi mundo era perfecto. Una sonrisa apareció en mi rostro, por esos instantes desapareció el dolor y pude sentir que mi alma estaba en paz.

Entonces comprendí que, para sobrevivir, debía mentirme a mí misma diciendo que lo ocurrido fue una terrible pesadilla y que mi cuento de hadas seguía tan hermoso como siempre. Regresé a mi habitación drogada con mis propias mentiras, en esos momentos prefería vivir engañada que sufrir la cruel realidad. Sabía que los efectos no durarían

mucho, pero sería suficiente para pasar mis últimos días en aquella ciudad.

Capítulo 20

Capítulo 20

Día 112 sin ti

El viernes antes de levantarme de la cama, me había dado una nueva dosis de falsas ilusiones para completar mis horas del curso. Ese último día de trabajos me veía radiante con un vestido de mi color favorito.

Quien pudiera ver las fotos de la clausura, jamás creería todo el tormento que viví esa semana. Aun dentro de mi ilusión, compré regalos para mi pareja imaginaria que jamás llegarían a su destinatario, pero como seguía fingiendo que estábamos juntos y que por cuestiones de trabajo él no se encontraba en el evento, hice lo que hubiera hecho si eso fuera real.

Llené mi maleta con regalos para toda mi familia y de muchas corbatas para el amor de mi vida, las cuales nunca se las vería puestas. Mientras subía al avión que me llevaría a casa, el éxtasis que me embriagaba comenzó a minimizar y poco a poco aparecieron unas ojeras horribles, mis ojos perdieron su brillo y sentí sangrar más que antes mi corazón.

La droga con esencia de ese hombre moreno desaparecía de mi sistema, mi cerebro me decía que tenía que volver a la realidad y aquella caída fue peor que la primera. Había regresado al punto cero.